

ligión y orgullo de las letras españolas! ¡Santo, que encierras en tu profesión la riqueza y la gloria de esta Península de tan envidiable suelo! ¡Santo universal y popular, que llevas el nombre de tu patria hasta los confines del mundo conocido, ven! mira á tu pais y dále paz, cambiando las lanzas en hoces, y las espadas en rejas de arado; mira á tus labradores, y dales fe para la vida del alma y pan para la vida del cuerpo: á tus devotos y paisanos, y dales gran cosecha de todos los bienes y remedio de todos los males en este valle de abrojos, y de llantos, y de miserias, hasta conseguir la tierra de leche y miel en el cielo.—Amén.

CRÓQUIS DEL SERMÓN DE SAN ISIDRO LABRADOR.

Pater meus agricola est.
Mi Padre es el labrador.

(Joan., c. XV, v. 1.)

Exordio.—Doctrina del Salvador.—Símbolos y parábolas.—La naturaleza y la agricultura.—Las palabras del tema aplicadas á San Isidro y á los labradores, en el doble sentido de cultivo del espíritu y de la tierra, cuerpo y alma.

El decreto de Dios al primer hombre, doble en sus consecuencias espirituales y temporales.—Necesitaba cultivar alma y tierra.—Isidro lo practica así mejor.—El Padre, labrador; Jesucristo, vid; los hombres, los sarmientos.—Infancia y devoción de Isidro.—El poema de su título, de Lope de Vega, lo explica bellamente todo.—Isidro, cultivando su alma, cultiva la tierra también santificando el trabajo.—Milagrosas cosechas y otros prodigios, en general, en su vida y después de ella.

Elogios de la agricultura.—Su nobleza é importancia.—Es á propósito para la vida del alma.—Milagros cotidianos en la agricultura.—Santificación del trabajo.—Confianza en Dios, aun en lo material, en la prosperidad y desgracia.—Súplica.

SERMÓN

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Dilectus meus mihi et ego illi; qui pascitur inter lilia.

Mi amado para mí y yo para él; el que apacienta entre los lirios.

(Cantic., c. II, v. 16.)

Acaso no hay entre los Sagrados Libros, después del Apocalipsis, que encierra los secretos del porvenir, manifestados únicamente al Discípulo amado en Patmos; según la misma etimología de su título; acaso no hay, repito, en el canon de la Santa Escritura que nos ha entregado la Iglesia, un libro más profundo y más abundante en bellezas y en sentidos místicos, á pesar de ser pequeño en volumen, que el Cantar de los Cantares, sublime y casta manifestación del amor, expresada con todas las galas de la poesía y con toda la sencillez del lenguaje de la naturaleza, cual si hubiera sido confeccionado en las tiendas mismas de los patriarcas genesiacos ó á la sombra de las cabañas de los pastores de Thecue.

Divino epitalamio de Salomón y de la Sulamita, el hijo de David, ilustrado por las luces de la fe, que le constituía el hombre más sabio de la tierra, más sabio hasta entonces, más sabio que todos sus contemporáneos, y más también, y en fin, que hombre alguno hasta la consumación de los siglos; el hijo de David, y ascendiente del Fundador de la Iglesia, la contempla,

bella, pura y sin mancha en esa mujer afortunada de Sulam, cuyas tiendas de combate ve ya extendidas por toda la redondez del globo, y escucha su voz, y se recrea en sus virtudes, y la canta, asumiendo anticipadamente en sí la personalidad del Verbo; y la mira desde lo alto de la Cruz, nacida de la llaga de su costado, lavando al mundo con la sangre y el agua brotada de su corazón amante; y á través de ese espejo clarísimo de la bondad, de la omnipotencia y de la redención divina; y de su torrente de aguas vivas que alegra con su impetuoso murmullo los eternos cimientos de la ciudad de Dios; Salomón contempla también, en bellísima y sublime profecía, al alma santa enamorada de Dios, disfrutando anticipadamente en este valle de lágrimas de las divinas caricias del celestial Esposo.

Así lo debió ver, sin duda, el Ángel de las escuelas en su lecho de muerte en el monasterio de Fosa-Nova, donde, enfermo, comenzó á escribir y no pudo terminar su interpretación sobre ese libro admirable; San Juan de la Cruz, en el desierto de Monte Calvario, siguiendo las huellas de Teresa de Jesús en parafrasear esos divinos cantares; Fr. Luis de León, á orillas del Tormes, y Gaspar Sánchez, á orillas del Tajo; y en fin, para concluir, el dulcísimo Garcilaso, el de la poesía bucólica, en sus inimitables églogas, trazadas de antemano por el dedo de Dios en esos cánticos.

Hoy yo, que no soy ni Garcilaso en la poesía, ni Gaspar Sánchez en lo escriturario, ni Fr. Luis de León en lo místico, ni santo como Teresa, Tomás y Juan de la Cruz, voy á basar mi pobre y breve discurso en el tema que acabáis de oír, tomado de ese libro tan hermoso: porque San Antonio de Padua, al que he de elogiar, se presta bien á todo lo poético, á todo lo místico, á todo lo santo, con su ramo de azucenas y su Niño en los brazos; y creo perfectamente aplicables á su panegírico esas palabras dulcísimas: *Mi amado todo para mí, y yo todo para Él: el que apacienta entre los lirios: entre las azucenas,* según los Setenta y la versión hebrea.

He nombrado las azucenas antes que el Niño, por rigurosa

gradación retórica y lógica: la causa es siempre anterior al efecto; y en este caso, *las virtudes de Antonio de Padua determinan al Niño Dios á reunirse con ellas en los brazos del hombre de los milagros, operados por la virtud y el poder de ese Niño divino;* he aquí mi proposición: si la queréis más breve, *azucenas, virtudes; divino Infante, milagros.*

Nuevo José, hijo de David; anticipado José Hermán, hijo de San Norberto, y José de Calasanz, honrado con la aparición de ese santo Niño en sus aulas; yo, pobre niño, como el balbuciente Profeta del dolor, acudo á ti, y á esas azucenas, y á ese Niño en demanda de palabras para hablar dignamente á este devoto auditorio de tus virtudes y de tus milagros; por el perfume de las unas y por la esplendidez de los otros, concédeme la gracia que te pido y á ese divino Pequeño, por la intercesión de la que le tuvo primero en su corazón, en su seno y en sus brazos, mediante las fecundas palabras del Ángel de la Encarnación.

AVE MARÍA.

Cuando el buen Lázaro, el amigo de Jesús, el habitante de la aldea de Bethania, hubo resucitado de entre los muertos abandonando, á la voz potente del Salvador, la oscuridad y la fetidez de su sepulcral caverna, seis días antes de la festividad de la Pascua, según nos refiere el Evangelista amado, tuvo lugar una cena en la morada del hombre tan milagrosamente restituído á la vida para celebrar su resurrección, no menos que la llegada de su libertador al seno de aquella buena y agradecida familia; y una vez sentados á la mesa los convidados, la buena María, resucitada también á la vida del alma por el amor casto é inefable del Redentor, se acercó á ella, y derramó sobre la cabeza del Hijo de Dios el contenido del precioso alabastrino vaso, cuyo aroma, penetrante y fuerte como el perfume de su arrepentimiento y de su cariño, se esparció, según la frase del narrador evangélico, por todos los ángulos de

aquella feliz mansión, con extrañeza simulada de los hipócritas y profundo regocijo de los seguidores de Jesucristo.

No de otra suerte el noble hijo de Lisboa, el sencillo, inocente y humilde Fernando, sin haber recorrido cual María Magdalena las sendas de las vanidades del mundo, perfuma el hogar esclarecido de sus ilustres ascendientes con el suave aroma de sus virtudes, sobresalientes en la misma niñez; con la exquisita fragancia de sus azucenas de pureza y de candor, los atrios de la casa de Dios, el claustro de los Canónigos Regulares de San Agustín; con el admirable olor y fama de sus buenos ejemplos, las soledades de la abadía de Santa Cruz de Coimbra; y cual el lirio y la violeta crecen escondidas en la pradera, nacidas sin la intervención de la mano del hombre y abandonadas santamente á los cuidados de Dios, así el nuevo pequeño Samuel, criado cerca del arca del Señor, y escuchando su voz y sus oráculos en el silencio de la soledad y al fulgor vacilante de las lámparas del templo, fué creciendo, á semejanza de Jesús niño, en edad y en sabiduría celestial en el Nazareth de la casa paterna, como en el Jerusalén de la casa agustiniana, santamente perdido para sus padres, y para el mundo sobre todo; pero sentado en medio de los doctores hijos del Doctor de la gracia, que se admiraban, como los hombres de la Ley, de su doctrina, de sus virtudes y de sus ejemplos.

Pero Fernando ya no es Fernando, hermanos míos; ha peleado, como su santo y abogado patrón, las batallas del Señor en la continuada lucha que tan bellamente describe el solitario de Huss, sobre la tierra; y su amor al retiro, y su desprecio del mundo, y su entusiasmo por asociar á los blancos cendales de la azucena los rojos tintes de la encendida amapola, le han convertido en Antonio, bajo el tosco pero glorioso sayal de los hijos del Serafín de Asís; la vista de cinco cuerpos de mártires venerandos, procedentes de la citada Orden, nobles víctimas sacrificadas al furor marroquí al dilatar el reino de Dios en aquellas abrasadas arenas, le hará ofrecerse á Dios en suave holocausto, imagen de *Aquel* que fué hecho por nosotros y

para nosotros, justicia, santificación y redención, en frase del Apóstol de los Gentiles; pero como Dios le destina á mayores empresas; como le quiere para *Arca del Testamento y Martillo de los herejes*, en voz del oráculo infalible de su Vicario en la tierra, para manifestación de su ciencia y su poder, completa expresión de su Verbo humanado en el mundo por nuestro amor; como le ha criado, en fin, para gloria de Portugal, y admiración de Europa, y Santo, acaso el más popular, en el seno del pueblo cristiano, impide sus deseos, rechaza su embarcación: y Antonio, nuevo Jonás, es arrojado sobre las costas de Italia, el principal teatro de sus triunfos.

Porque ya voy á pasar á admirarlos, siquiera por un instante, hermanos míos, permitidme que esconda ya el ramo de azucenas bajo el hábito de Antonio de Padua, como la antorcha bajo el celemín, porque voy á colocar sobre el candelabro de sus brazos la luz eterna del mundo; dejadme arrojar un velo, el de su profundísima y nunca bien ponderada humildad, sobre el huerto cerrado y fuente sellada de sus heroicas virtudes en el claustro de San Francisco; no me obliguéis, porque tendría que prescindir en absoluto de mi segunda parte, á mostraros su menaje de penitencia, adorno de su pobre celdilla, en la que como su nuevo tutelar y abogado, Antonio Abad, bajo cuya advocación está erigido el convento donde profesa su nuevo instituto, practica las más sublimes virtudes, resiste las más porfiadas tentaciones, y recibe, en premio de todo, las más celestiales visitas; y estamos ya en la cuestión de su Niño.

La versión hebrea y la de los Setenta intérpretes, que antes ya he citado con motivo de la cuestión del ramo que Antonio ostenta, simbólico de sus virtudes, y puesto en sus manos por la autoridad infalible de la Iglesia y la piedad expresiva de los fieles, vienen á leer también con distinción en las palabras de mi tema, *El que apacienta entre los lirios*, ó según ellas, de las azucenas; y con la misma comentan las citadas bellísimas frases los Santos Padres y Sagrados Expositores; pues mientras unos leen, *El que apacienta entre los lirios*, esto es,

el que apacienta su rebaño místico, que es la *Iglesia*, otros quieren leer, *El que se apacienta*, es decir, el que se deja regir, gobernar y como apacentar, manso y humilde corderillo, entre los lirios de esa misma Iglesia, entre sus virtudes, como dejándose llevar y abandonándose, á pesar de su cualidad de Jefe y Cabeza de la misma, en brazos de sus escogidos: y aquí tenemos ya á Antonio aún mejor caracterizado en esta segunda versión de las palabras de mi tema.

¡Gran Dios, qué Niño! pero también ¡Dios mío, qué hombre! De él no se puede decir literalmente lo que la frase, siempre oportuna y adecuada de la Iglesia, ha dicho de Simeón, el viejo Profeta del Templo: *El anciano llevaba al Niño, pero el Niño regia al anciano*; y digo que no se puede aplicar exactamente esa gran verdad, porque aquí, no un anciano llevaba al Niño, sino un joven, casi otro niño, era el que conducía, como juguete infantil, permitidme la palabra, al Niño, que dispone del universo; pero sí se le puede hacer superior en fuerzas, aunque casi imberbe, á Sansón, y no habrá miedo que ninguna Dálila le arrebatase su secreto; y á Cristóbal, el viejo penitente, el Hércules barquero, el gigante facineroso convertido en humana caritativa cabalgadura; y no habrá miedo tampoco de que siendo casi un niño, de constitución delicada y aterido por los rigores de la penitencia, grite como Cristóforo oprimido en medio de la corriente por el peso del Dios de los mares: *¡Cristo, válme lo que pesas!*

Pero todo esto sucede, mis hermanos, porque al hacerse nuevamente Jesús niño en los brazos de Antonio de Padua, ya lo acabo de decir, se deja apacentar, regir y gobernar en un todo de su amado, cual manso y dócil corderillo; es porque se hace ligero como la corza y el cervatillo de las montañas de Bether, del monte de los aromas, para hablar con el Libro de los Cantares; es porque, ¿queréis que me atreva á decíroslo? porque el Niño se ha desvanecido suavemente y como adormecido al fuerte y penetrante perfume del ramo de azucenas de Antonio, y como que ha perdido peso, y volumen, y fuerza, depo-

sitándola toda en los brazos, y en el corazón, y en la cabeza de Antonio, en cada uno de sus besos y de sus abrazos dulcísimos: he aquí, en mi amoroso aunque desautorizado concepto, el secreto de todo ese enigma, parecido al de Sansón sobre la mesa de sus esponsales en Thamnata: secreto de la ciencia y del poder, expresión completa del Verbo, como antes dije, y transmitida á Antonio predicador, á Antonio milagroso.

¡Qué ciencia! ¡qué elocuencia! ¡qué voz! ¡qué palabra! Aquel Dios creador del Génesis, que según la inspirada y sublime afirmación de la verdad revelada, se inclinó sobre el primer hombre, busto moldeado por sus divinas manos en el barro en que debía más tarde convertirse; aquel Verbo de la creación se inclina, repito, sobre la hermosa figura de nuestro primer padre, y tocando sus labios y su frente, sopla sobre su rostro el espíritu de la vida, y el hombre adquiere alma y movimiento, inteligencia y palabra; y el Verbo Redentor, en su creación nueva comenzada en Belén, proseguida en la Cruz, y que terminará cuando termine el mundo, baja desde lo más elevado de los cielos, sonriente, amoroso, bello, pacífico, en las formas de la niñez que adquirió en el seno de una Madre Virgen, como la tierra de que fué formado el Adán recto y agradable á Dios, á los brazos de este otro, á los brazos y al corazón de Antonio, y le comunica su voz, y su elocuencia, y su palabra creadora, fecunda y persuasiva; y el Arca del Testamento, según la frase de Gregorio IX, explica, el primero de su Orden, las Sagradas Letras en Bolonia y en otras no menos insignes academias; y recorre la Europa, y se renuevan los prodigios de Pentecostés; y como en el día el telégrafo y el vapor acortan las distancias, y el teléfono acerca y da consistencia y claridad al sonido, la voz de Antonio y la persona de Antonio se oye y se ve muy de lejos, y goza del privilegio de la bilocación, y se reúnen en él casi todos los dones que enumera el Espíritu Santo por boca de San Pablo, repartidos ordinariamente á discreción por el mismo Divino Espíritu. ¿Qué es esto, señores? Que Dios es todo de Antonio, porque Antonio ha sido antes todo de Dios; porque

las azucenas han atraído al Divino hortelano: *Mi amado todo para mí y yo todo para Él; el que apacienta entre los lirios.*

Mas el Verbo no sólo habló, sino que hizo; no sólo mandó, sino que creó; no sólo expresa la sabiduría, sino el poder; y qué, ¿voy á referir yo ahora todos los milagros de Antonio que le tiene en sus brazos? Ahí está el *Responsorio*, esa oración verdaderamente universal, popular, autorizada por la Iglesia y sublimada por la piedad de sus fieles; decidla, y habéis dicho, en síntesis acabada y perfecta, todo lo que puede Dios y todo lo que puede Antonio; todo está allí expresado en cuatro palabras: la muerte, el error, la desdicha, vencidos; la salud, otorgada; el demonio, postrado á los piés del hombre del Niño y de las azucenas; los elementos, sosegados; ¿no os parece oír al recitarlo la tempestad apaciguada en el mar de Tiberiades, y las frases de los discípulos atónitos, y los gritos estridentes del endemoniado de la tierra de los gerasenos, y la doliente voz de los ciegos de Jericó, y los lastimeros ayes de los paralíticos de Cafarnaum y de la piscina? ¿No os parece ver á los fariseos confundidos, á las turbas alimentadas, á la niña del Príncipe de la Sinagoga, al hijo de la viuda de Naim, al buen Lázaro levantándose de sus lechos de muerte, porque la muerte ha oído la voz del Hijo de Dios, y se ha postrado ante la vida, como los peces oyeron la voz de Antonio, y la mula del hereje de Tolosa dobló sus rodillas, desfallecida por el hambre sin tocar al pesebre repleto, ante la divina Eucaristía presentada en su establo por Antonio?

Luego las azucenas del Paduano han atraído á sus brazos al Niño, que le presta toda la fuerza de su potente brazo, semejante y superior al del celebrado caudillo epirota Jorge Castrioto, que, según la historia, dividía de un solo golpe en dos mitades un caballo acorazado para el combate; luego las virtudes de Antonio le merecieron su ciencia y sus milagros, que fué todo el objeto que me propuse demostraros en esta mañana.

Ruega tú ahora á Cristo por nosotros, Antonio divino y santo; dile á ese divino Infante todas y cada una de las inefables

ternezas que contienen los ocho capítulos del Libro de los Cantares, para aplacar sus justos rigores, y para alcanzar en favor nuestro sus sonrisas, sus gracias y sus misericordias; pero ante todo, y para agradarle, extermina las *pequeñas raposas que destruyen nuestras viñas*, te diré con el Santo Libro; haz que como la Esposa le busquemos por calles y plazas, día y noche, y preguntemos á los guardas de la ciudad, á los ministros de Dios, á las almas justas y rectas como la tuya, si le encontraron, si le introdujeron en la divina bodega de su corazón, si le embriagaron dulcemente con los aromas de su huerto y con el vino de sus manzanos y de sus granados en flor; concédenos que le amemos mucho, que como tú seamos todos para Él, para que sea Él todo para nosotros; que se apaciente entre las azucenas de nuestras virtudes en esta vida, y nos apaciente después para siempre en el eterno jardín y paraíso del cielo.—Amén.

CROQUIS DEL SERMÓN DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Dilectus meus mihi et ego illi; qui pascitur inter lilia.

Mi amado para mí y yo para él; el que apacienta entre los lirios.

(Cantic., c. II, v. 16.)

Exordio. Elogio del Cantar de los Cantares.—Sus sentidos místicos.—Jesucristo y la Iglesia.—El alma enamorada de Dios.—Interpretaciones, comentarios y paráfrasis de ese libro.—Proposición sobre las palabras mismas del texto.—Las virtudes de Antonio de Padua representadas en las azucenas, determinan á Dios Niño á ponerse, con todo su poder, en sus brazos.

Hecho de Magdalena y su bálsamo.—Su perfume se derrama por toda la casa.—El ejemplo.—Antonio en el hogar paterno, en el

claustro de canónigos de Lisboa, en la Abadía de Santa Cruz.—Toma el hábito de San Francisco.—Su penitencia.—Sus virtudes y heroicos ejemplos.

Ciencia y poder, expresión completa de El Verbo.—El Niño en brazos de Antonio.—Versión hebrea y de los Setenta sobre mi tema.—Grandeza del Niño y de Antonio.—Símbolos y comparaciones.—Las virtudes de Antonio atrayendo al Niño, y adormeciéndole en sus brazos.—Ciencia.—Elocuencia.—Palabra.—Voz.—Predicación de Antonio universal y milagrosa.—Milagros.—Todas las señales de apostolado reunidas en Antonio.—El Responsorio.—Aplicaciones.—Conclusión.—Súplica al Santo, basada en el tema, y contexto del Cantar de los Cantares.

SERMON

DE SANTIAGO APÓSTOL.

¿Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Y le dijeron: Podemos.

(S. Matth., c. XX, v. 22.)

Antes de salir de Jericó para Jerusalén, donde el Hijo de Dios debía consumar su gloriosa carrera; después de presentar á sus discípulos la parábola inapreciable de la viña y sus operarios, que les marcaba ya distintamente la suya, á la vez que les anunciaba los secretos de la eterna predestinación divina, y les prevenía contra las ambiciones terrenas y contra la cizaña de la envidia, que más de una vez se había manifestado en sus corazones y salido al borde de sus labios, el Salvador los reúne en secreto separándolos de las turbas, que por todas partes y siempre le rodeaban, y les habla de sucesos ya próximos; no como aquellos que excitaron su curiosidad en el monte del Olivar, hasta el punto de preguntarle: *Señor, ¿dinos cuándo serán estas cosas? ¿y qué señales precederán á la llegada y consumación del siglo?* ahora les habla de los dolores y de las afrentas de la Pasión, y de su muerte, y de su victoriosa resurrección al día tercero; y en tan críticas circunstancias, cuando el espanto domina en aquellos pobres corazones, cuando aún no comprenden toda la extensión y naturaleza de aquel reino que creían ser el temporal de la casa de Judá en Israel,